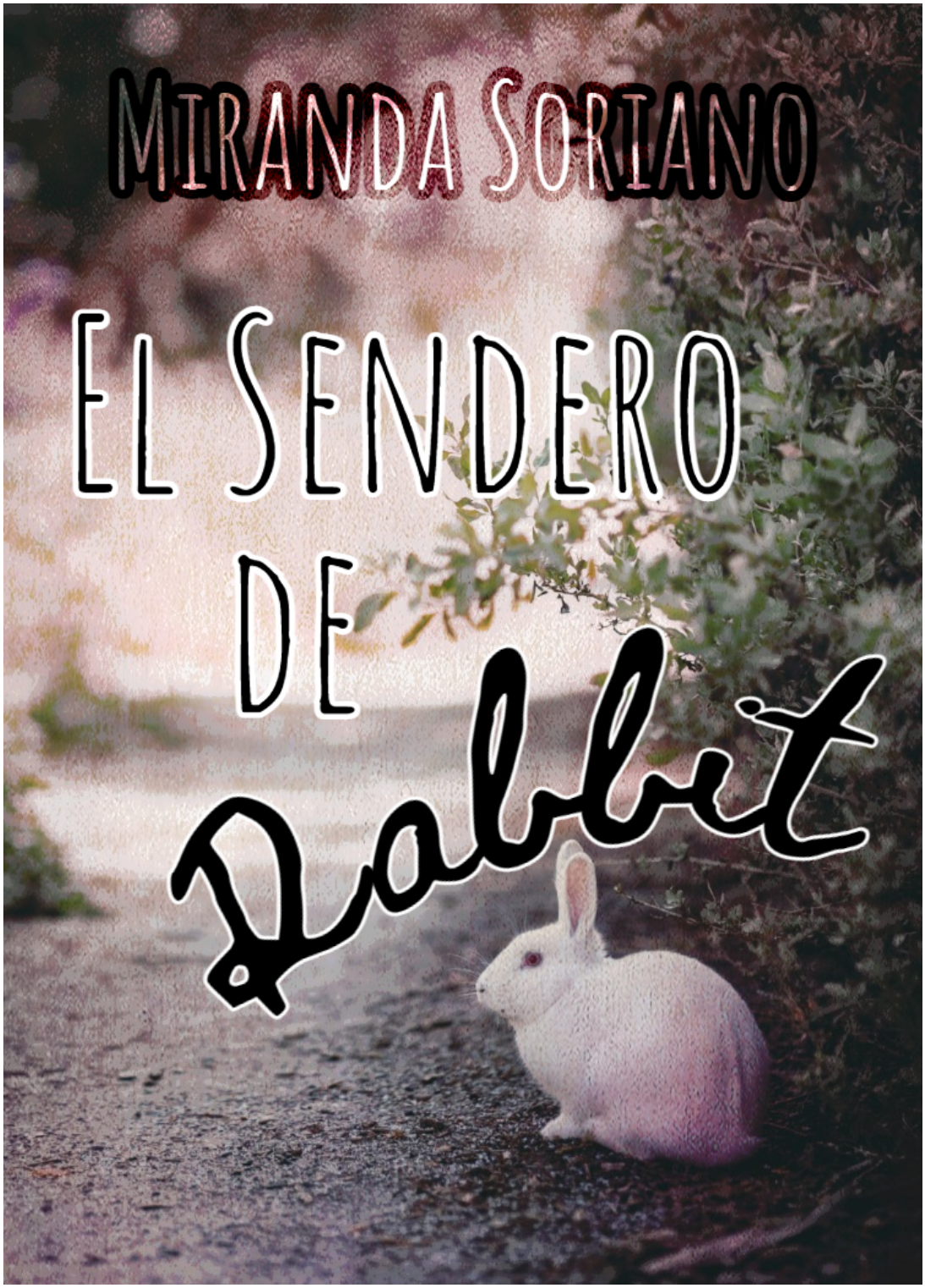
El Sendero de Rabbit

Miranda Soriano



Capítulo 1

Adrien llevaba varios meses desempleado. Era extrañamente reconfortante.

A decir verdad, sólo hacía trabajos casuales para ganar el dinero suficiente para sobrevivir, aunque eso le permitía sentirse libre, siendo dueño de su propio tiempo, mismo que parecía nunca acabarse. En esas circunstancias había muchas cosas por hacer e intentar, pero estaba muy seguro de haberlas probado todas. Al menos, todas las que podía imaginar.

Las últimas semanas habían sido bastante monótonas, sin nada nuevo para contar, y se le hizo un hábito ir a un bar perdido entre callejones para pasar el rato.

Tanto el barrio como el bar eran demasiado tranquilos, y eso le gustaba, porque no tenía que lidiar con nadie, conocido o desconocido. No había nada, solo cerveza barata que cumplía fantásticamente la función de embriagarle.

Se había pasado la tarde entera debatiéndose si es que debería o no salir a buscar algo más fuerte y, ahora, mientras anochecía, se decía a sí mismo que necesitaba más que alcohol; porque, a pesar de que su cabeza palpitara, de que sus movimientos fueran torpes y su mente estuviese hecha un revoltijo de ideas, necesitaba saciar su adicción.

Salió del bar tambaleándose, apestando a cigarrillos y sudor, y se adentró entre las calles de mala muerte que tan bien había memorizado. Se había dado cuenta de que allí vivían personas o muy pobres o muy ruines, o ambas cosas.

Mientras avanzaba se percató de que los efectos de la hierba que había fumado hace unas horas se estaban ya disipando. Hizo una mueca similar a una sonrisa. Quería algo que lo jodiera por completo.

Lo necesitaba.

Apenas era consciente de los pocos autos que atravesaban las calles, y de las aún más pocas personas que pasaban a su lado ignorándolo, pero no tardó mucho en comenzar a prestar atención, buscando a alguien que pudiera proveerlo de sus tan preciadas drogas.

Vio al otro lado de la calle y se detuvo en seco. No era a quien buscaba, pero igual quiso acercársele.

Se trataba de la figura de una niña hincada sobre la acera, a cinco o seis metros de distancia, que parecía muy ocupada observando algo en el suelo. Iba vestida con una larga falda gris que le llegaba hasta los tobillos, rota y sucia, y una camisa blanca; las sombras no le permitían a Adrien ver claramente, pero la pequeña parecía tener el cabello corto y claro.

Frunció el ceño al darse cuenta de que no había nadie cerca, nadie acompañándola o cuidándola. En un barrio como ese no debía de sorprenderle que hubiese niños solos vagando por las calles, pero aun así se sentía erróneo.

Se bajó de la calzada y esquivó un auto para acercarse a ella, fingiendo no estar ebrio por si la pequeña necesitaba ayuda. Se detuvo a su lado.

—Hola —dijo, sin saber si sonreír.

Ella respondió metiéndose algo bajo la falda y levantando la mirada en un segundo.

Después de parpadear varias veces, Adrien sintió un nudo en el estómago. La niña debía tener diez u once años, se encontraba pálida, muy delgada, y tenía el labio inferior reventado, con la barbilla cubierta de sangre seca. Al tenerla tan cerca también se dio cuenta de que su cabello, tan rubio que parecía blanco, estaba hecho un desastre, crispado como la espalda de un gato asustado.

Sí, un desastre. Toda ella lo era.

Tragó saliva.

—¿Te encuentras bien?

Ella continuó en silencio y Adrien se acuclilló.

—¿Estás perdida?

—Estoy bien —echó la cabeza para atrás y Adrien por fin pudo ver sus ojos, hinchados, inyectados en sangre —. ¿Y tú?

Adrien retrocedió y cayó sobre su trasero para luego negar con la cabeza. Jamás había visto a esa pequeña por ahí, no a alguien que fuese a partes iguales miserable y hermosa. Tuvo la sensación de que, aquí, la adulta era en realidad ella y, él, tan solo un niño asustado.

—Yo… —balbuceó —. Yo estoy bien.

—Mentiroso.

Comenzó a ponerse de pie, pero Adrien logró tomarla por el hombro antes de que lograra levantarse. Ella le dedicó una mirada asesina.

—Oye… Oye, nena… —soltó —. Déjame ayudarte, ¿está bien? Dime dónde vives, yo… ¿Dónde están tus padres? Puedo llevarte con…

—Te dije que estoy bien.

Intentó volver a levantarse, pero Adrien lo impidió.

—Detente, solo dame un momento.

—Suéltame.

—No puedo dejarte aquí sola.

Ella soltó un gruñido inentendible y, con un empujón, logró soltarse de Adrien. Pudo ponerse de pie mientras él intentaba tranquilizarla, pero ella lo ignoró de lleno. Recogió rápidamente lo que había escondido bajo su falda y pateó la espinilla de Adrien. Echó a correr.

—¡Ah-agh! —chilló, sobándose, mientras la veía perderse entre casas y encrucijadas —. Hija de mil putas, ¡pues jódete también!

Pudo levantarse hasta que su espinilla dejó de doler, pero su mente no podía deshacerse del pensamiento de la chiquilla.

Hasta entonces, en toda su vida, nadie le había hecho congelarse o tartamudear con una simple mirada.

Falda gris, camisa blanca, cabello rubio y ojos rabiosos.

¿Qué tenía ella de especial?

¿Por qué lo hacía sentir de esta manera, como si le hubiera arrancado el corazón del pecho con aquella simple y estúpida conversación?

Con cada paso y cada pensamiento se sentía menos y menos ebrio, y aquello no le gustaba.

Se detuvo nuevamente al preguntarse quién habría golpeado a una chica como esa, ¿y qué es lo que se había escondido en la falda con tanto empeño?

¡Por Dios! ¿Por qué le importaba tanto?

Sacudió la cabeza violentamente y continuó su camino, rogando porque sus deseos se cumplieran al dar la siguiente vuelta.

Capítulo 2

Cerca de una vieja licorería clausurada, localizó a un sujeto mal vestido y de halo intranquilo. Sabía que era a quien buscaba a pesar de no poder verle la cara con claridad, así que se aproximó, con una sonrisa renovada pintándole el rostro.

No lo pensó dos veces al momento de arrebatarle las pequeñas tabletas de ácido a cambio de quién sabe cuántos dólares.

Apenas recordaba haber consumido una última dosis un par de noches atrás, pero le parecía como si hubiese sido hace muchas semanas.

Se alejó hasta un callón oscuro y se las tragó. No podía esperar a llegar a casa.

Se mordió el labio inferior, reprimiendo risitas, mientras salía del callejón. Al dar algunos pasos se tambaleó y terminó recargándose contra una pared hasta que varios minutos más tarde, debilitado pero satisfecho, logró seguir andando. Se estiró, embelesado por lo que pasaba en su mente a pesar de que ni siquiera pudiese comprenderlo.

Plantó bien los pies sobre el suelo para reanudar su camino a casa y continuar bebiendo y usando las dosis que tenía de reserva en algún cajón.

Al andar, vio a lo lejos al mismo sujeto al que le había comprado las tabletas, aunque, en realidad, otra persona que estaba cerca fue la que le robó la atención; alguien de cabello casi blanco y falda gris. La vista distorsionada le hizo difícil enfocarla, pero Adrien supo que se trataba de la misma niña de antes.

Advirtió que hablaba con el tipo y, tras recibirle algo a cambio de un montón de trozos verdes de papel, salió corriendo.

Adrien sintió una punzada de inquietud en las entrañas. De a poco, la droga le arrebataba la capacidad de razonamiento, pero tenía la certeza de que nadie le hablaría a tan desagradable mercader si no fuese por la misma razón que él lo había hecho.

Por varios momentos dudó si es que alguien tan diminuta, tan joven, pudiese acudir a las drogas por consuelo.

Dio un paso en dirección a donde la niña se había perdido mientras intentaba aclarar sus ideas. Aquellas dudas que antes le habían invadido… ¿Era esa la razón por la que era tan hostil? ¿Es que estaba dominada por

las drogas desde una edad tan temprana?

Supo que la niña necesitaba ayuda aún si a él lo mandaba a la mierda mil y un veces. Antes la había dejado irse sin pensar en las consecuencias, pero ahora no podía hacerlo; no sabiendo lo que pasaba.

Decidió ir tras ella antes de que pudiese alejarse demasiado.

Tal como él, había desaparecido dentro de un callejón y, para cuando Adrien alcanzó a adentrarse en el mismo, se encontró en una encrucijada oscura con contenedores de basura oxidados y un par de ratas chillando dentro de algún escondite.

No vio a la niña de inmediato, pero pronto divisó tenues nubecillas de humo y sonidos apagados provenientes desde detrás de uno de los contenedores.

Se acercó en silencio y se encontró con ella. Estaba sentada, abrazándose las rodillas contra el pecho, fumando marihuana. Se había limpiado la sangre, pero su labio seguía herido. Sorbía fluido nasal de tanto en tanto, y no tardó en darse cuenta de la presencia de Adrien, pues dio un saltito y frunció el ceño cuando alzó la mirada y le reconoció.

—¿Estás siguiéndome? —dijo, pero un acceso de tos la interrumpió.

Adrien la miró golpearse el pecho, ponerse de pie y calmarse. Lo miró a los ojos nuevamente, con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que haces?

—Podría preguntarte lo mismo —dijo Adrien al fin, arrodillándose frente a ella —. No está bien que hagas esto, ¿sabes?

—Creo que eres la persona menos indicada para decirlo.

Retrocedió, llevándose el cigarrillo a los labios.

Adrien balbuceó por un instante, sintiendo un hormigueo incómodo bajándole por la espalda. Ella seguía poniéndolo muy nervioso. Intentó hacer una mueca o replicar con algo inteligente, pero terminó soltando quejidos inentendibles nuevamente.

—Déjame sola —dijo ella.

Adrien se sentó al no poder controlar el mareo que incrementaba, pero consiguió no dejarse llevar por el mismo.

—Oye, solo quiero ayudarte —replicó, buscando desviar la atención de los nervios abominables que ella le provocaba —. No es correcto que hagas cosas como esta.

—Tú lo haces. ¿Cuál es la gran diferencia?

—Yo no tengo diez años.

Ella pareció ceder. Se notó ofendida y triste por un instante, pero terminó por negar con la cabeza.

—Lo que haga o no con mi vida no tiene por qué importarte.

—¿Y tu familia? ¿Qué hay de ellos? Debes vivir con alguien —dijo, y obtuvo una negativa desinteresada como respuesta. Soltó un suspiro y señaló el cigarrillo que ella aún sostenía con recelo —. ¿Cómo conseguiste eso?

—¡No vas a creerme! —chilló con sarcasmo — Pagué por él. Increíble, ¿a que sí?

—¿De dónde sacaste el dinero?

Ella le miró con rabia, delatando que había tocado una fibra sensible con tal cuestionamiento. Sus ojos tenían una leve tonalidad rosada y sus pupilas dilatadas le enviaban a Adrien nuevos motivos para sentirse angustiado, haciendo florecer la intriga que sentía por ella. Retrocedió sin pensarlo. Por un segundo creyó que aquellos ojos de enormes pupilas podrían desgarrarle el alma. Tuvo que dirigir la vista al suelo, empeorando su mareo.

—No sabes nada de mí —aseguró ella —. ¿Por qué no me dejas sola?

—Porque no estás bien, y yo…

—Tú tampoco lo estás —dijo —. Mírate. Ni te puedes ayudar a ti mismo y pretendes meterte en mi vida.

—Cállate —dijo Adrien, frotándose los ojos —. Estás… Yo…

—Oh, ¿es que quieres echarme una mano porque me ves algo parecido a ti? ¿Te da miedo que pueda acabar como tú? —soltó una risa aguda, forzada —. ¿O es sólo algún tipo de cargo de consciencia por ser un adulto tan patético?

Negó con la cabeza y rodeó a Adrien sin problema para comenzar a

alejarse.

—No necesito ni quiero caridad estúpida, mucho menos una como la que quieres brindarme, fracasado.

—Espera —dijo Adrien pesadamente, mientras tenía dos visiones de la misma escena —. Nena, espera…

Ella se detuvo solo para arrojar lo que quedaba de su cigarrillo en dirección a Adrien, y miró por sobre su hombro para corregirlo.

—Mi nombre es Rabbit.

—Ah… —Adrien asintió, de pronto embobado por el cabello enmarañado de la niña y su perfil cual porcelana —. Yo soy…

—Adrien Vega, ya lo sé.

Rabbit giró los ojos, volviendo la vista al frente, y salió del callejón.

Adrien solo pudo recostarse en el lugar en el que ella se había sentado, acompañado solamente de sus alucinaciones.

Capítulo 3

No tuvo idea de cuánto tiempo pasó sumido en la locura, en un mundo irreal, con el trasero en el mismo lugar y la vista deslizándose de un lado al otro sin que él pudiese controlarla. ¿Fueron segundos u horas?

Solamente de algo estuvo seguro: Rabbit permanecía siempre en el fondo de su mente.

Aquello que sentía por ella, lo que sea que fuere, se volvía cada vez más fuerte. Creía que había muchas cosas que necesitaban aclarar entre sí, pero ni siquiera él estaba seguro de cuáles eran esas cosas.

Negó con la cabeza cuando creyó estar regresando del viaje ácido. De inmediato volvió la vista a la salida del callejón. Hizo un intento por incorporarse mientras gritaba el mismo nombre repetidas veces.

—Rabbit —pidió, intentando caminar con rapidez, pero terminó chocando con objetos que ante su vista parecían lejanos. Dio muchos traspiés y tuvo que sostenerse de la pared para no caerse —. Rabbit, aguarda.

Al salir del callejón, las luces de las tiendas y los autos le marearon, haciéndolo perder el sentido de orientación. Los rostros de la poca gente circulando le parecieron borrosos, pálidos y fantasmales.

Continuó pronunciando el mismo nombre entre gruñidos y súplicas, como si esa acción pudiese salvarlo de la desesperanza que comenzó a invadirle.

¿Dónde se había metido? Esos ojos tan rígidos y carentes de vida, ¿a dónde fueron a esconderse?

Tenía que encontrarla porque quizás estaba en peligro. ¡Tenía que poder ayudarla! Pero ahora podría estar en cualquier sitio: podría estar muy cerca y podría estar demasiado lejos.

—¿Rabbit? —dijo, inspeccionando un nuevo callejón —. Contesta, por la mierda…

Adrien intentaba mirar hacia todos lados al mismo tiempo entretanto la confusión se transformó en lo único que pudo sentir con total claridad. El pulso se le aceleró a la par que sus pensamientos. Ya no solo se preguntaba en dónde se había metido Rabbit, sino que nuevas dudas burbujearon en la superficie de su mente, anhelando más información sobre ella; al mismo tiempo, Adrien no podía alejarse de esa voz que le pedía a gritos el encontrarla de inmediato por motivos que apenas

entendía.

Sus súplicas pasaron a ser gritos que nadie contestó.

Vagó por las calles trotando y tambaleándose; parecía que el tiempo se le estaba escapando de las manos, aunque él apenas podía percibirlo. Sentía que cualquier momento sería demasiado tarde para encontrarla.

Las dudas nacidas del ácido crecieron tanto y tomaron tantas formas distintas como su imaginación pudo permitirlo. Sintió asco de sí mismo cuando pensó que ella le preocupaba tanto porque en realidad se había enamorado. ¡Imposible! Era tan solo una niña.

La confusión y preocupación eran como fuerzas invisibles que no le dejaban avanzar a la par que le obligaban a hacerlo.

Paró de correr cuando no pudo reconocer más su alrededor.

Le faltaba el aliento y su garganta ardía como si pudiese echarse a llorar en cualquier segundo. Se sentó en la acera, soportando espasmos y dolores repentinos. Si algo le ocurría a Rabbit, no dejaría nunca de culparse a sí mismo por haberla dejado irse tan fácilmente.

No dejó de imaginarse escenarios donde ella estaba indefensa, presa de todos los horrores de los que es capaz la humanidad. Debía estar muy maltrecha. Si los narcóticos lo dejaban a él tan mal, ¿qué podrían hacerle a una pequeña?

Sofocado, se arrastró torpemente hacia una cerca descuidada donde se recostó para recuperar fuerzas, entre arbustos que le cubrieron el cuerpo casi completamente. Apenas le importó el verse como un desgraciado sin hogar ante los ojos de terceros.

El resto de la noche transcurrió con él entre dormido y despierto; estaba sedado, y continuó confundido hasta que la luz del amanecer le molestó los ojos.

Supo que no volvería a encontrar a Rabbit, por lo menos no ahora, y salió de su escondite. Tan pronto volvió a casa, tuvo que tumbarse sobre un sofá para continuar durmiendo. Sus sueños fueron confusos, en parte angustiosos; no supo si la definición real de lo que había padecido era "pesadillas". Tampoco pudo deshacerse del pensamiento de Rabbit cuando despertó.

¿A quién podría no importarle una chiquilla drogadicta? ¿Qué clase de monstruo pasaría por alto su adicción y la dejaría a su suerte?

Adrien no dejaba de sentirse terrible al saber que ella estaba completamente sola en aquel barrio horrendo en una cuidad despiadada. Deseaba volver a salir a buscarla para hacerla comprender que se estaba jodiendo la vida entera, misma que no le duraría mucho si se negaba a aceptar ayuda. Necesitaba salvarla antes de que fuese muy tarde, pero la fatiga y su desconexión con la realidad apenas le permitían moverse.

Soltó un gruñido deforme al recordar que Rabbit le había echado en cara esa verdad que tanto se negaba a entender o aceptar, la misma verdad por la que había perdido contacto con sus seres queridos.

Ya había asistido a rehabilitación… ¿Cuántas veces? ¿Una docena? Quizá la causa por la que ningún intento tuvo éxito fue porque en verdad Adrien no estaba interesado en dejar las drogas. ¿Qué sentido tendría hacerlo si alguien más se lo pedía?

Toda la mierda por la que pasaba, todo el aburrimiento, las decepciones, el enojo, la frustración, el desconsuelo, el miedo, las traiciones, y todas las cosas malas, se alejaban con el alcohol y la basta cantidad de narcóticos que había al alcance de un par de dólares. ¿Por qué debería abandonar eso que había estado ahí para él desde siempre, así, sin más? Sabía que estaba matándose lentamente, pero, por alguna razón, ese motivo no era suficiente para hacerlo cambiar.

Apenas tenía memoria de las últimas veces que había tenido contacto con sus padres y amigos, pero todo siempre salía mal. Siempre discutían y le reprochaban, por lo que Adrien dejó de intentar hacer las paces.

Había escuchado la voz de mamá por última vez hace más de un año, pero lo había olvidado pues era una herida que continuaba doliéndole.

Estaba dispuesto a cambiar, estaba seguro de que lo arreglaría todo en su debido tiempo, pero el día en que lo hiciera no se veía muy cercano.

Mientras tanto, quizá para intentar olvidar lo que ocurría con su propia vida, intentaría arreglar la de Rabbit.

Por fin supo por qué ella le era tan familiar.

Era cierto que, en parte, se veía a sí mismo reflejado en Rabbit; pero Adrien no lo razonaría hasta mucho, mucho después.

Capítulo 4

Los pensamientos con respecto a Rabbit y el abuso de sustancias empeoraron con el paso de los días, por no decir que con el paso de las horas.

Salió a buscarla por varias noches al mismo vecindario en donde la vio por primer y última vez, pero siempre terminaba acudiendo a las drogas en busca de consuelo. De pronto se encontraba a sí mismo culpándose por dejarla en peligro a la par que corrompía su mente para olvidarse de lo despreciable que era su realidad y, cuando volvía del trance, se soltaba a llorar porque probablemente Rabbit se encontraba haciendo lo mismo en algún lado.

Todo le parecía tan revoltoso y tan claro a la vez.

Pensaba en ella todo el tiempo, incluso al dormir.

Desde hacía mucho que para poder descansar debía noquearse a sí mismo usando drogas, y todas las noches en que soñó con Rabbit no fueron la excepción.

Su preocupación era tal que podría haber jurado el aceptar amarla tal como si fuese su hermana pequeña: una hermanita tan jodida como él. Sus sentimientos hacia ella crecieron tan rápido que Adrien admitió para sí que incluso le había arruinado el poco placer que le quedaba al drogarse, porque era cuando más pensaba en ella.

Pero sabía que había algo que ella no podría arruinar.

La idea le vino una noche que había recorrido por vez indefinida el denominado barrio de Rabbit, mientras regresaba a casa vencido, bien entrada la noche. Había bebido un par de cervezas e ingirió polvo de ángel, pero los síntomas apenas los percibía. No mucho después avistó a una prostituta que terminó por llevar a casa. Era fea, sí, pero no pensaba verle la cara en el acto; además, y la principal razón por la que pagó por sus servicios, era porque Rabbit no podría arruinarle el sexo. Debía olvidarse de ella por el tiempo que le fuera posible o terminaría volviéndose loco.

No transcurrieron cinco minutos tras haber cruzado la puerta principal y ya se encontraban enfrascados en aquel clásico amorío que perduraba por una vacía noche. Todo eran besos lujuriosos y caricias desesperadas pues a ninguno le importaba nada además de llegar al orgasmo.

Al entrar a la habitación, Adrien le ordenó a la chica que se girara para encarar las almohadas. Se deshizo de las prendas que le quedaban, la

tomó por la cintura y comenzó a embestirla. Los gritos de placer de la chica junto con sus gruñidos le ayudaron a despejar su mente.

Se lo estaba pasando bien.

La bizarra sinfonía entre ambos no se rompía salvo por los cambios bruscos en sus respiraciones. Adrien no tenía nada en la mente cuando creyó oír algo extraño de los labios de la mujer sin nombre, pero lo dejó pasar varias veces hasta que se sobresaltó cuando pudo ponerle una designación a los quejidos que soltaba: sollozos apagados.

Ya no gritaba de placer sino que estaba intentando no echarse a llorar.

Adrien abrió mucho los ojos, confundido, sintiéndose culpable de golpe, mientras los lamentos de la chica se hacían más y más obvios. Adrien separó los labios para cuestionarla o quizás reprenderla, pero las palabras se ahogaron en su garganta al ver que el cuerpo de la chica hacía metamorfosis bajo sus dedos, ante sus ojos.

El tono de su cabellera oscura se volvió blanco, con mechones sucios y descuidados, mientras que su piel perdió color, volviéndose pálida. Su cuerpo se volvió delgado y pequeño ante los parpadeos sorprendidos de Adrien.

—¿Rabbit? —dijo, con la voz rota —. ¿Rabbit? ¿Eres tú?

Ella se estremeció y gimoteó bajo las yemas de sus dedos. Miró por sobre su hombro con un gesto impotente impreso en sus facciones.

Apenas Adrien vio sus ojos, enrojecidos por el llanto, y lágrimas empapándole las mejillas, retrocedió tan rápido que se estrelló de espaldas contra el suelo.

¿Cómo pudo hacerle algo así? ¿Es que estaba tan drogado que no se dio cuenta de que había traído a Rabbit consigo?

—Rabbit, ¿qué…? ¿Cómo…? —dijo, retrocediendo sobre el piso como si eso le quitara responsabilidad —. Lo… Lo siento.

La chica bajó de la cama a toda velocidad para encontrarse con él, pero esta vez no se trataba de Rabbit; volvía a ser aquella fea puta sin identidad. Por su expresión, estaba asustada, y no parecía que hubiese estado llorando en lo absoluto.

—¿Qué te pasa? —dijo ella, hincándose a su lado —. ¿Estás bien?

Adrien negó con la cabeza y se llevó las manos a la cara, tallándose los ojos entretanto dudaba de su propia sanidad. Había visto a Rabbit con

total claridad, había escuchado sus sollozos, la había tocado… Por Dios, la había violado. Nada de eso podía estar bien incluso si solo se trataba de una alucinación.

—¿Quién es Rabbit? —dijo la chica.

Adrien la apartó de un empujón.

—Lárgate —dijo —. Toma cuanto dinero quieras y lárgate.

—Pero…

—¿Estás sorda o eres idiota? Lárgate, ¡vete ya! ¡Largo!

Ella retrocedió un poco, sin decir nada, y luego se levantó a toda velocidad para recoger sus cosas e irse por donde había venido. Adrien no se movió de lugar hasta que pareció digerir que, en realidad, nada había pasado entre él y Rabbit. No había sido cierto, pero eso no le quitaba el mal sabor de boca.

Se consoló yendo a la cocina, inyectándose heroína. Cayó noqueado y corrió a buscar a Rabbit al día siguiente, como venía haciendo desde hace quién sabe cuánto.

Con aquella escena de pesadilla le bastó para saber que no era necesario, en absoluto, intentar olvidarse de ella. No podría, por más que lo quisiera.

Capítulo 5

Irónicamente, la única vez que no salió de casa para buscar a Rabbit, fue cuando la encontró de la peor manera.

Había salido de compras una tarde nublada y solitaria. Como se le había hecho costumbre, se decidió a ir por las calles menos concurridas.

Estaba muy ocupado mirando sus propios pies para darse cuenta de que se cruzó en el camino de un hombre ya adulto, pasado de peso, vestido con un traje barato, y que ni siquiera parecía tener la decencia de lavarse bien el cabello antes de salir a la calle.

Chocó de frente contra él, cuyo hombro pareció atravesarlo, y se disculpó sin sentirlo realmente. Por fin levantó la mirada, pero el hombre continuó andando a toda velocidad.

Adrien le inspeccionó mientras se alejaba. Mientras su figura más se perdía en la lejanía, más le parecía que se fuera a desvanecer en el aire en cualquier momento. Adrien hizo un gesto, pues sintió un nudo en el estómago; casi siempre sus entrañas tenían razón cuando percibían peligro.

Volvió su mirada a la calle delante de sí e inmediatamente se maldijo por no haber visto antes lo que estaba tan a la vista.

A veinte metros de distancia localizó a Rabbit, sentada en la calzada a la sombra de un puente que ya nadie cruzaba, con la misma ropa de antes. Estaba temblando y se llevaba constantemente las manos hechas puños a la nariz. A pesar de ser solamente la segunda vez que la veía, parecía haber sufrido muchas desgracias desde aquella primera noche.

Corrió hacia ella y se hincó delante suyo. Rabbit estaba llorando entretanto inhalaba montoncitos de polvo blanco colocados en sus puños, como si intentara escapar de su sufrimiento con ayuda de este. Adrien quiso vomitar cuando vio rastros de semen en su barbilla.

Miró hacia atrás, deseando localizar al tipo de antes para atraparlo y romperle el cuello, pero ya no había rastro de él.

Un sollozo le hizo volver la vista al frente. Rabbit negó con la cabeza antes de que él pudiese decir algo.

—Ahora que ves lo que soy, ¿te interesa ayudarme? —dijo, gruñendo vacilante, como si estuviese ebria —. En serio estoy jodida.

Adrien no supo qué responder mientras la observaba masajearse las mejillas y nariz. No podía evitar pensar en lo que había sucedido noches atrás, y se sintió asqueado de sí mismo. Negó con la cabeza, deshaciéndose de los recuerdos, y colocó una mano sobre la rodilla de Rabbit, que dio un sobresalto, lista para escapar ante la mínima señal de amenaza.

—Rabbit, vas a venirte conmigo.

Ella vaciló, frunció el ceño y fijo la mirada en el suelo. Cuando habló, su voz se notó más rota que antes.

—¿Qué, quieres que te la chupe a ti también? Lo hago aquí mismo —dijo. Retrocedió y respiró hondo —, por diez dólares.

—Rabbit –dijo, casi regañándola —, no. Nada de eso. Quiero que vivas conmigo. Buscaremos ayuda y arreglaremos nuestras vidas.

—Sí, cómo no.

—Podemos hacerlo —dijo Adrien, pero Rabbit negó con la cabeza —. Escucha, no sé por qué lo hago, pero me preocupo por ti. No puedo dejarte aquí sola, no de nuevo. ¿Te extraña tanto que a alguien puedas llegar a importarle?

Rabbit apartó la mirada, con expresión ofendida y disgustada. Una lágrima logró escapársele y Adrien se la limpió con delicadeza, levemente sorprendido por lo fría que era su piel.

—No tienes por qué continuar así —dijo —. Prometo que voy a cuidar bien de ti.

—No sé si te percates, pero estás intentando adoptar a una drogadicta.

—Me importa una mierda —aseguró. Alargó una mano hasta que pudo tomar la de Rabbit, y se incorporó, haciendo un gesto hacia la calle —. Andando.

Rabbit lo observó, aunque su mente en verdad no parecía estar ahí, y bajó la mirada hasta sus manos unidas. Tragó saliva a la vez que sus ojos volvían a inundarse con lágrimas. Se levantó a los pocos segundos.

Avanzaron un par de pasos y entonces su nariz comenzó a sangrar. Se la limpió con la orilla de su camisa, pero, cuando lo intentó, no pudo seguir caminando. Adrien tuvo que cargarla cual princesa enferma; al tenerla entre brazos se ilusionó pensando que, tras esto, las cosas mejorarían.

Rabbit perdió el conocimiento poco después así que Adrien se apresuró a llevarla a casa lo más pronto posible. La dejó recostada en la alcoba principal y, al contemplarla dormir, se preguntó si alguno de los dos estaría listo; no para comenzar una bizarra familia, sino para alejarse de las drogas.

Pensó en esperar a su lado a que ella despertara, pero recordó que no tenía nada en la casa para alimentarla cuando volviese en sí. ¿Qué clase de ejemplo sería si no le daba nada la primera noche de su estadía? Cerró la puerta de la habitación sin hacer un sonido y e hizo una carrera al supermercado.

En el camino tanto de ida como de vuelta pensó que debía conseguir un empleo estable para cubrir todas las necesidades de Rabbit, además de que debía intentar forjar una relación significativa con ella. Había libros a montones al respecto, ¿no? lo mejor era que consiguiera uno de esos, pronto. Rabbit ya había aceptado irse con él, cosa que había resultado más fácil de lo que esperaba, pero ahora se venían cosas para las que no estaba preparado en lo absoluto; no tenía experiencia alguna para cuidar de alguien como ella. O cuidar de nadie, en todo caso.

Llegó a casa con prisa y sigilo, pero, cuando entró a la habitación principal, esta se encontraba vacía. Maldijo cuanto pudo a los cuatro vientos.

Capítulo 6

Para su suerte, si es que así podía llamársele, Rabbit comenzó a cruzarse en su camino más a menudo.

Cada vez lucía más grave. Lloraba continuamente, su voz se notaba más débil, su palidez era peor cada día. Su aspecto iba más allá de lo enfermizo.

Rabbit estaba moribunda y ella misma estaba consciente, pero no hacía nada para siquiera intentar escapar de su propia perdición.

Cuando Adrien la veía, se le acercaba sin pensarlo y pronto sus conversaciones dejaron de ser intentos dramáticos de pedirle que ambos renunciaran a lo que los estaba matando: se transformaron en confesiones profundas que les hacían sentir más cercanos.

Adrien admitió lo que había pasado consigo mismo, le habló de lo solo que a veces se sentía. Rabbit decía cosas sin sentido. "Agradezco que no me temas", "¿te alegra haberme conocido?", "no sé en qué nos hemos metido", "mi tiempo aquí está contado, ¿y el tuyo?".

Ambos encontraron apoyo en el otro, pero ninguno se atrevió a dar el primer paso para dejar atrás su perfecto y autodestructivo universo de delirios.

Adrien ya no lograba distinguir la realidad de la ficción y, la mayoría de las veces, no le importaba siquiera hacer esfuerzos para hacerlo. Se percató de que aquel mundo en su mente se había convertido desde hace tiempo en la realidad que más le agradaba, pero la única cosa que no lo dejaba perderse por completo era Rabbit.

Se aparecía siempre en sus sueños y visiones, con aspecto peor al que recordaba.

Le atormentaba saber que le era imposible hacerla entrar en razón, aun así, la amaba pues era la única que lo comprendía del todo; era la única con la que había sentido un lazo estrecho tras haberse sentido tan solo por tanto tiempo. Quería luchar por ella más que por sí mismo, pero desearlo y hacerlo eran dos cosas muy diferentes.

Una noche logró confesárselo y, por fin, todo se fue al carajo.

Adrien estaba recostado en el living, aturdido por toda la cantidad de mierda que se había tragado, inhalado e inyectado. Su apartamento nunca había sido ordenado, pero esa noche era un completo desastre: todo estaba fuera de lugar, mientras que la mesa de centro frente a él estaba

atiborrada de píldoras, jeringas, latas de cerveza y restos de polvo blanco.

Su mente no lograba procesar nada. Dejarse dormir sonaba muy seductor.

Cerró los ojos y, poco después, escuchó pasos tenues. No se molestó en revisar hasta que el ruido se aproximó a él. Se sobresaltó cuando sintió una presión en el pecho y dos brazos delgados se aferraron débilmente a su camiseta; cuando abrió los ojos, se encontró con Rabbit, que de alguna forma había logrado meterse a su casa y se lanzó a abrazarlo tan pronto lo encontró.

—¿Qué…? —dijo, desorientado. Al parpadear un par de veces, se dio cuenta de que Rabbit estaba llorando como nunca antes —. ¿Qué sucede?

—Ya no quiero seguir con esto —dijo, temblando —. Estoy perdiendo la cabeza, pero… pero no puedo parar. Ah… Ayúdame.

—Tranquila, nena, no llores.

—No me llames así.

—Lo siento.

Tras unos segundos, Rabbit tragó saliva con fuerza y murmuró algo deformado por sollozos:

—¿Es posible dejarlo?

Adrien la miró. Estaba cadavérica y sonrojada.

—Jamás lo he intentado —dijo Rabbit —. Y yo… Dudo que sea posible. Creo que moriría antes de lograr salir de esto.

—No digas estupideces.

—Pero los dos estamos jodidos.

Fijó la mirada sobre los ojos perdidos de Adrien y mordió su labio inferior, impotente. Hizo puños con las manos para golpearlo en el pecho.

—¿Si quiera estás prestando atención? —gritó —. ¡Oye! ¿Pretendes ayudarme de esa forma?

—Estoy bien, tan solo… solo tengo náuseas —dijo Adrien, acariciándole el

cabello con torpeza —. No te preocupes. Vamos a lograrlo.

—¿Lo has intentado?

—Sí, pero…

Balbuceó, parpadeó y se quedó callado. Tan pronto se dio cuenta de a lo que Rabbit intentaba llegar, le apartó las manos de encima, sintiéndose culpable. Su voz se volvió un susurro patético cuando dijo:

—Pero siempre he fallado.

Rabbit negó con la cabeza, se puso de pie y se llevó las manos al rostro para contener su llanto rabioso mientras le echaba en cara lo mal que estaban las cosas.

—¿Así intentabas ayudarme? ¿Creías…? ¿Creías que así lograrías sacarme de toda esta mierda? —dijo, negando con la cabeza y retrocediendo con rapidez —. Sabía que no podías ni ayudarte a ti mismo. ¡Ni siquiera estás dispuesto a salvar tu vida y…! ¿Y quieres hacerlo con la mía?

—Te digo que estoy bien —dijo Adrien.

Intentó incorporarse, pero terminó cayendo de rodillas al suelo, viendo cómo Rabbit continuaba gritándole.

—¿Acaso no quieres librarte de tu locura? —dijo Rabbit —. No entiendo. No te entiendo, Adrien.

—Te ayudaré —dijo, gateando hacia ella cuando volvió a fallar en su intento de ponerse de pie —. Solo escúchame. Tienes… Tienes que entender que no es fácil.

—Sé que no, pero… Creí que sería más fácil conmigo a tu lado, y sin ti yo… yo no tengo valor.

Rabbit al fin se descubrió la cara; sus labios temblaban y mostraba sus maltrechos dientes y encías. Sorbió su nariz con fuerza, pero dos líneas de sangre bajaron por sus fosas nasales al momento. No hizo ni ademán de limpiarse.

—Mira lo que soy —continuó —; mira lo que somos. ¡Moriremos antes de encontrar las agallas para dejar atrás toda esta mierda!

—Cierra la boca –dijo Adrien. De pronto su cabeza comenzó a palpitar y se le aceleró el pulso —. Cállate ya, Rabbit.

—Si tú no intentas cambiar, ¿para qué estoy aquí? Hazlo por los dos. ¡Déjalo! ¡Déjalo ya!

—¡Cierra la boca! —gritó, apretando los párpados con fuerza en un intento de controlar su jaqueca —. No puedo hacerlo, ¿me oyes? ¡No puedo hacerlo! Ni tampoco lo haré por ti.

—¿Por qué fingiste que te importaba?

—No fingí —negó con la cabeza y la miró, lagrimeando —. No me importa lo que pase conmigo, pero no quiero que tú acabes como yo.

Rabbit respondió ahogando un quejido, decepcionada, mientras Adrien se esforzaba por no perderla de vista e intentaba controlar el agobiante dolor que de pronto le recorría el cuerpo entero. Entre mareos Adrien distinguió que Rabbit apretaba ambos puños con tanta fuerza que sus manos temblaban.

—Rabbit —dijo, buscando esa mirada fría a la que tanto temía; esa mirada que tanto adoraba —, entiéndelo. Por favor.

Ella no volvió a responder. Su rostro estaba blanco y grisáceo al tiempo, y la sangre que brotaba de su nariz era una de las pocas señales que indicaba que seguía con vida. Sus ojos eran una mezcla de blanco, negro y rojo, y brillaban con tanta rabia como la primera vez que Adrien los había visto.

Sintió escalofríos al verla, pero creyó que era la culpabilidad que lo corrompía al haberla desilusionado; no relacionó sus malestares con el abrazo de la muerte.

—Tienes que entenderlo —repitió, con el cuerpo entero adormecido —. Por favor, Rabbit.

Ella negó con la cabeza, teniendo un acceso de violenta tos. Intento articular algo, pero cada vez que la interrumpía la tos se ponía más molesta. Escupió flemas manchadas de sangre. La presión en su estómago la hizo caer de bruces contra el suelo.

Adrien gateó, temblando, falto de fuerzas, mientras que con cada pequeño movimiento su visión se distorsionaba.

—Levántate, Rabbit —dijo, alargando una mano para tocar su hombro.

Las yemas de sus dedos parecieron tocar vapor. Se talló los ojos… ¿Rabbit se desvaneció? Cuando volvió a abrirlos Rabbit se había levantado y lo

observaba desde el extremo derecho de la habitación.

—¿Cómo hiciste eso?

—Eres un idiota y siempre vas a serlo.

Por un segundo Adrien creyó que las lágrimas de Rabbit habían tomado un color carmesí, cual si llorase sangre, pero esa visión se desvaneció tras un parpadeo.

—Eres tú el que tiene que entender —continuó —: aquí la que importa no soy yo.

Se dio la media vuelta para toser dolorosamente y, tan pronto lo hizo, Adrien dejó de sentir sus propias manos. Bajó la mirada para comprobar que seguían ahí; lo hacían. Las vio y las flexionó, pero no las sintió.

Escuchó que Rabbit vomitaba en medio de un llanto desesperanzado.

—Eres un imbécil. ¡Maldito idiota! —gritó, escupiendo sangre, hincada en el suelo —. Los dos estamos condenados.

Capítulo 7

Adrien se arrastró hacia ella y volvió a estirarse para tocarla.

De nuevo, Rabbit pareció desvanecerse como una nubecilla colorida de gas.

Un pitido ensordecedor en sus oídos volvió peor la jaqueca; se dobló de dolor, gruñendo y preguntándose si estaba imaginando a Rabbit o si es que ella se alejaba demasiado rápido.

Su percepción del espacio se distorsionó, pues apenas percibía formas borrosas y colores muy brillantes. Algunas cosas parecían ser completamente negras y otras se movían por sí solas.

Sentía que su cuerpo entero hormigueaba, como invadido por millones de insectos, y estaba seguro de que algo le sucedería a su corazón si continuaba latiendo de aquella forma descomunal.

—¡Rabbit! —lloró —. Rabbit, ¡responde!

—¿Dices que no entiendo? Adrien, yo entiendo todo mucho mejor que tú —dijo ella, empujándolo para que cayera de cara contra el suelo —. Eres tú el que no entiende, cabrón. ¡No entiendes y no lo harás nunca si no me escuchas! Arregla tu vida.

—Rabbit, déjame hablar, por favor —dijo, aunque en realidad gritaba.

Se giró sobre su espalda y vio a Rabbit desde ahí, pero volvió a echarse a llorar cuando ni siquiera logró verle nítidamente el rostro.

—Voy a ser yo el que arregle tu vida y, si algo me pasa, prometo dejarte en buenas manos.

Apenas percibió que Rabbit volvía a negar, desapareciendo de su campo de visión al intentar limpiarse la sangre y las lágrimas. Vomitó una vez más. Adrien notó que varios mechones de cabello se desprendían de la nuca de Rabbit, y se le escapó un gorgoteo cuando quiso preguntar si estaba bien.

Rabbit maldijo tan fuerte como pudo, repitiendo una y otra vez que él era el que no entendía.

Se precipitó sobre Adrien para tomarlo por la camiseta y gritarle a la cara que no podría hacer que las cosas funcionaran si seguía poniéndola a ella

antes que a sí mismo.

—¡No puedes dejarme en manos de nadie! —dijo.

Adrien miró incrédulo cómo la carne en las mejillas de Rabbit comenzaba a unirse al hueso, como si se estuviese pudriendo y sus músculos se redujeran a polvo. Su piel ya había tomado un color púrpura. Sus párpados estaban obscurecidos. ¡Era imposible que hubiera empeorado tanto de un momento al otro!

—Te estás muriendo y aun no es tu momento, ¿ya lo entiendes?

—Entender… ¿Qué? —dijo Adrien, llorando.

Alzó las manos hasta las mejillas de Rabbit, pero ella las apartó de sí al instante, con una fuerza imposible.

—Rabbit, ¿qué tengo que entender? Vas a estar bien, y yo…

—Te vas a morir y no puedo llevarte conmigo aún. ¡Ya estás jodido porque…! Porque…

Su voz se quebró, soltó un gruñido y la última imagen que Adrien logró ver antes de perder la consciencia fue a Rabbit, vuelta un espejo que estuvo frente a él todo este tiempo. Quien había vomitado, tosido, y quien sangraba, con el rostro casi púrpura, era él.

Logró escuchar la voz de Rabbit, gritando:

—Porque soy la muerte.

Capítulo 8

—Así que sugiere que me imaginé a Rabbit todo este tiempo —dijo Adrien, más inquieto con cada visita que le hacía el psicólogo —. Imposible. Yo la toqué, Rabbit está viva.

—¿Te olvidas de la noche en que creíste violarla, cuando tomó el cuerpo de esa chica? Tal caso solo lo reafirma: Rabbit no es real y nunca lo fue.

Adrien negó con la cabeza, como lo venía haciendo desde hace rato. Se rehusaba a aceptar todo lo que había salido de boca de ese hombre; aunque, dentro de sí, sabía que debía de ser lo más lógico tomando en cuenta todo lo que rodeaba a Rabbit.

Días atrás, Adrien despertó en el hospital, con tubos incrustados en los brazos y la nariz y un monitor cardíaco que hacía sonidos molestos a su lado. Las cosas fueron cayendo en su lugar conforme transcurrieron los minutos y, cuando el médico le chequeó por vez infinita, este le intentó explicar de forma muy sencilla lo que le había pasado.

¿Muerto? ¿Había estado muerto? Ni siquiera tenía idea de que algo así pudiera ocurrir.

Estuvo preocupado por lo enfermo y debilitado que se sentía, pero, cuando le preguntaron qué era lo último que recordaba, su autocompasión se desvaneció al instante.

—Oh, Dios —dijo, con voz apagada —… Por Dios. Rabbit.

Cuando le preguntaron más al respecto, echó a gritar. Les dijo entre ladridos y jadeos lo que había sucedido con su querida mendiga. Rogó para que alguien saliera a buscarla debido a lo enferma que estaba y, seguramente, debía estar muy asustada cuando él perdió la consciencia.

Se dio cuenta de que quienes lo rodeaban solo le dedicaban miradas perturbadas y, cuando relató histérico el aspecto de Rabbit y las peculiares visiones que creía haber visto el momento en el que discutieron, tacharon todo aquello como complejos delirios.

Adrien estuvo de acuerdo con que su imaginación y cognición estaban débiles y estropeadas, estaba de acuerdo en que ver a Rabbit desvaneciéndose entre sus dedos debía ser irreal, que verla llorar sangre había sido un desvarío de inmensas proporciones, y lo que menos creía era que ella se hubiese transformado mágicamente en un espejo; pero escuchar cómo se burlaban del parecido que Rabbit tenía a algún personaje de cuentos de hadas lo hizo enfurecer. La seguridad del edificio tuvo que intervenir porque Adrien estuvo a punto de escaparse del

hospital, pretendiendo buscar a Rabbit por su cuenta.

La noticia del chico delirante encerrado en el último piso pronto llegó a oídos del psicólogo residente, que le visitó para conocer más acerca de su historia con Rabbit. Con la promesa de que iba a hacer todo lo posible por arreglar las cosas, Adrien le contó todo lo que había ocurrido desde que la conoció.

No fue necesaria más que la primera visita para darse cuenta que Adrien había tenido siempre una debilidad especial por el ácido. Con su confesión, todo pareció cobrar más y más sentido para el psicólogo.

—¿Saldrá a buscar a Rabbit? —dijo Adrien, inclinándose en dirección al hombre cuando este se había quedado mirando sus notas —. ¿O es que me ha tachado de loco?

—En absoluto —dijo, mirándolo nuevamente —. Aunque, quisiera dejar de lado lo que has relatado con respecto a Rabbit para indagar en cuestiones más personales. ¿Te parece bien?

—Si cree que su lenguaje sofisticado lo hace interesante, olvídelo. Sólo lo vuelve más irritante.

Adrien se cruzó de brazos y rechinó los dientes, resignado a contestar más de esas estupideces si es que eso le ayudaba a hallar el paradero de Rabbit.

—Vale, pregunte lo que quiera.

—Consumes LSD, ¿no es cierto? Ácido —dijo, y obtuvo una afirmativa —. ¿Tienes idea de sus propiedades? Seguro sabes de primera mano que sus efectos pueden durar en tu sistema de dos a cuatro horas, o incluso más.

—Sí, bueno… —dijo, sonriendo atontado —. Lo sé.

—Otro gran impacto que tiene en la mente es que puede alterar las emociones; por ejemplo, la simpatía. Es común que este sentimiento se intensifique en cuanto se consume el ácido.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto?

—Adrien, todo eso que sientes por Rabbit no es normal. No es real —hizo énfasis en esta última palabra, recibiendo una renovada expresión de desconcierto por parte de Adrien —. Conocer a alguien en la calle y amarla, de la forma en que tú lo haces, no puede ser un sentimiento genuino.

—¿Dice que me convertí en un pedófilo?

—Nada de eso —soltó una risita, sin importarle que Adrien le fulminara con la mirada —. Simplemente te digo los hechos, y es un hecho que tu amor por Rabbit es insólito. Lo que nos lleva a lo siguiente: es usual que los adictos al LSD presenten algo conocido como escenas retrospectivas. ¿Te suena?

—En realidad, no.

—Se trata de episodios o escenas donde, a pesar de no haber consumido ninguna sustancia, experimentas sensaciones parecidas a las que tendrías como si hubieses consumido alguna.

—¿Algo así como flashbacks?

—Exacto —dijo, leyendo una vez más sus notas —. Mencionaste que, desde que comenzó tu consumo del LSD, hace casi una década, tenías visiones de muerte.

—Y, ¿qué pasa con eso?

—¿Podrías repetir lo último que te dijo Rabbit?

—Dijo que era la muerte —Adrien se removió incómodo, sin entender en lo absoluto a dónde quería llegar —. No comprendo. ¿Dice que Rabbit puede padecer de escenas retrospectivas?

—Al contrario.

Hizo una pausa, aguardando casi un minuto para que Adrien atara los cabos sueltos, pero él simplemente permaneció mirándolo, con la misma expresión confundida de antes.

—Adrien, sé que te fastidia la comparación de Rabbit con la de algún personaje de cuentos de hadas, pero quizás, esa sea la verdad. ¿Y si tu fueses la Alicia dentro del País de las Maravillas que creó tu mente?

—Ah, genial —gruñó —; ahora usted también se unió a esa panda de imbéciles. Le digo que yo no he imaginado a Rabbit. Además, ¿qué tiene ella que ver con esos flashbacks de los que habla? Pura mierda. Seguro no sabe de lo que habla.

—Rabbit, una niña con aspecto de conejo blanco, ¿no te parece ni un poquito raro? —dijo, hablando a pesar de que Adrien fingía no estarlo escuchando —. Puedo asegurarte que tu inconsciente tomó esa representación para mostrarte el camino de tu autodestrucción, de manera que te hiciera ver el peligro en el que en verdad te encuentras,

porque no puedes aceptarlo de forma consciente.

—¡Pura mierda! Rabbit es tan real como usted y como yo —dijo Adrien, rechinando los dientes —, y le aseguro que es muchísimo más real que sus teorías de cuarta. Yo ya sé que estoy cavando mi propia tumba, no necesito de una alucinación para darme cuenta.

—Es por eso que estas cosas nacen de forma inconsciente, sin que tú te percates —hizo una pausa —. Al no ser capaz de aceptar que necesitas acabar con esto, rehabilitarte en serio, tu mente creó a Rabbit para proyectar algo tuyo sobre ella, de manera que fuese accesible para ti. Rabbit es esa parte de ti que pide a gritos que te alejes de todo lo que te está destruyendo; no quiere verte morir.

Aquella noche, Adrien no durmió.

¿Cómo podría, con todo lo que le había sido planteado en aquella misma habitación? Se negaba a aceptarlo pues le era imposible pensar que Rabbit había sido producto de su imaginación. Admitirlo significaba que todas las lágrimas que la vio derramar, que su actitud hostil y temerosa, que su tacto frío y sus grandes e hipnóticos ojos habían sido mentira, y no se podía permitir creer aquello porque entonces eso querría decir que todo ese llanto, toda esa hostilidad y temor los había sentido él, no Rabbit.

—Mierda.

Odiaba razonar que desde hacía mucho tiempo estaba seguro de que no existía un Dios para Rabbit, y eso radicaba en que tampoco había uno para él. Por lo menos, no existía ninguno otro que su propia voluntad.

Capítulo 9

Ahora, se encontraba sentado en la misma posición que había adoptado desde que lo confinaron a esa habitación solitaria de hospital. De frente a él, el psicólogo (Adrien no había logrado aprenderse su nombre) repetía sin cesar la fantasía que era Rabbit.

—¿Me oyes? —dijo, interrumpiendo sus memorias —. Adrien, ¿estás bien?

—Sí, sí —levantó una mano para hacerlo callar y, acto seguido, se frotó las sienes, sin querer sucumbir ante el llanto que le quemaba la garganta desde hace rato —. Es sólo que… Significa que, todo lo que siento por ella, ¿es en verdad porque tengo miedo de lo que me suceda? ¿Tan patético soy?

—Percatarte del gran problema en tu vida no es patético. Es un paso importante en dirección a tu mejoría.

—He necesitado de un milagro clínico para comenzar a darme cuenta. ¡Tuve que morirme y volver a la vida para aceptar lo jodido que estoy! —dijo, suspirando —. Y no puedo terminar de aceptar que ella… que Rabbit nunca estuvo realmente a mi lado. No puedo.

—Eso tomará su tiempo.

Aguardó por alguna clase de respuesta por parte de Adrien, quizás esperando que maldijera a los cuatro vientos o que siguiera aferrado a la idea de que él era un psicólogo mediocre y chillara a los cuatro vientos porque Rabbit tenía que ser real.

En cambio, Adrien permaneció en silencio.

—Por lo menos tienes la certeza de que no eres un pedófilo.

—Sí —Adrien soltó una risita —. Gran consuelo.

Se quedaron en silencio otros instantes. Adrien estaba dolido inmensamente pues había perdido para siempre a una buena amiga que había llegado a significar para él el mundo.

—Adrien, fuera de mi papel como profesionista, ¿puedo darte un consejo?

—Dilo.

—Si quieres hacer algo por Rabbit, hacer algo por lo que ella significa para ti, escucha lo último que te suplicó antes de desvanecerse. Sálvate —dijo —. Si dudas en poder hacerlo por ti, hazle el favor a ella. Prométele que

no volverás a su lado hasta que sea el momento.

—No es mala idea —dijo, volteando el rostro en la otra dirección cuando no pudo contener más el llanto —. Gracias.

Tras eso no buscó más respuestas pues parecía tener todas cuantas necesitaba por el momento, en especial porque, la noche anterior a su partida del hospital, soñó con Rabbit.

Adrien se hallaba de pie en medio de una neblina azulada que cubría todo a su alrededor, y caminaba sin rumbo hasta que vio una figura familiar a lo lejos.

Una fuerza inexistente le hizo detenerse mientras la figura se giraba para encararlo, revelando el rostro de Rabbit. La vio sonreír, con sus mejillas pálidas y sus ojos brillantes tan lejanos a él, y aquello le hizo echarse a llorar.

Rabbit volvió a darle la espalda y se alejó sin decir palabra, sin siquiera verlo por sobre su hombro una última vez. Por mucho que Adrien deseó correr hasta ella para abrazarla, el aire se lo impedía. A gritos prometió que se salvaría sin importar qué, mientras Rabbit se alejó.

Cuando Adrien pudo salir de aislamiento, se juró a sí mismo que seguiría asistiendo a terapia para recuperarse y poder superar esa fantástica experiencia. Se prometió que volvería a luchar contra su enfermedad, a pesar de que fuera difícil o de que doliera hasta extremos inimaginables.

Debía alcanzar la solución de una vez por todas, para no alejar más a los suyos y para no depender de sustancias para ser feliz. Debía hacerlo por sí mismo y también por esa diminuta parte de sí que no conoció hasta hace poco más de un mes, con forma de una niña lastimada.

Lo haría también para alejarse del sendero de Rabbit, hasta que en verdad le llegase la hora.